ILUSTRISIMO SEÑOR:

Por comisión especial que se sirvió V. S. I. darme, he examinado muy detenidamente el opúsculo intitulado «La Verdad, el Amor y la Vida ó la Eucaristía,» escrito por el Sr. Provisor de esta Sagrada Mitra, Lic. D. Joaquín María Diaz y Vargas, Prebendado de esta Santa Iglesia Metropolitana, y nada he encontrado en él contrario á nuestra santa Fe ni á la buena moral.

Me es grato manifestar á V. S. I. el placer y cumplida satisfacción con que me he ocupado de este encargo, por haber hallado que en esta preciosa obrita, pequeña en su volumen y muy grande en su mérito, campean y lucen conceptos altísimos de piedad, expuestos á la consideración de los fieles en un estilo correcto y florido, y en algunos pasajes elevado, dejándose ver en ellos una exquisita y variada erudición.

Paréceme que nos hará V. S. I. un bien muy grande á sus diocesanos, disponiendo se imprima el expresado opúsculo, cuya lectura nos alentará más y más al seguimiento y amor de nuestro Divino Redentor, contenido en el adorable Sacramento del altar.

Tal es mi dictamen que sujeto, como debo, al de V. S. I., quien se servirá disponer lo que fuere de su superior agrado.

México, 25 de Octubre de 1871.—Illmo. Señor.—*Manuel Moreno y Jove.*

México, 27 de Octubre de 1871.—Visto el parecer del Sr. Presidente de la Junta de Censura, Dr. y Mtro. D. Manuel Moreno y Jove, Dean de esta Santa Iglesia Metropolitana, damos nuestra licencia para que se imprima el opúsculo intitulado «La Verdad, el Amor y la Vida ó la Eucaristía,» con calidad de que antes de que se dé á luz sea cotejado por el señor Censor, y de que se inserten la censura y este decreto. Así lo acordó y firmó el Illmo. Sr. Arzobispo.—M.—*El Arzobispo.*—*Dr. Tomás Barón*, Secretario.

INTRODUCCIÓN.

I

El que no ama se halla en estado de muerte, dice el apóstol San Juan.[1] Pero es evidente que para amar es necesario conocer.

Y como la verdad satisface al conocimiento, así las bellezas de la verdad arrebatan el amor.

Conócer la verdad, amar el bien y vivir por el amor, son tres hechos que, ligados íntimamente en todo sér dotado de razón, demuestran una triple tendencia, innata, irresistible, perpetua.

Y Jesucristo es la personificación de la verdad, del bien y del amor. Por eso en Él se halla la vida.[2] Por eso el alma fuera de Jesucristo no puede respirar la vida sobrenatural. Mas así como el modo más inefable y misterioso, por el cual Jesucristo se comunica personalmente á las almas, está en la Eucaristía, así también este Augusto Misterio merece con toda propiedad ser llamado: la Verdad, el Amor y la Vida.

Esto, en cuanto al título de este libro.

1 Epíst. 1ª III, 14.

2 S. Juan, I, 4.

II

Si se pregunta ¿cuál es su objeto y á qué fin se ordena? sencilla es la respuesta:

Satisfacer un deseo racional del corazón que, animado de los sentimientos que despierta la meditación de la Divina Eucaristía, se propuso expresarlos y proponerlos bajo cierto método.

Contribuir, en la época que atravesamos, á mover la piedad y la devoción hacia un misterio que, siempre amable y siempre triunfante, debe ser adorado como el resumen de toda la religión.

Ofrecer á los fieles que en la velación nocturna acompañan al Santísimo Sacramento, una serie de lecturas á propósito para emplear útilmente las horas libres de otra distribución.

Entre los misterios del Catolicismo no hay otro más tierno ni más fecundo que la Eucaristía. Las ideas que produce y los sentimientos que inspira siempre son ardientes, aun en el corazón más duro, con tal que esté ilustrado por la fe; sin embargo, puede decirse que difieren entre sí, según es la disposición del alma y el deseo de darles amplificación.

Nada nuevo se encontrará en este libro. Algunos movimientos y afectos del corazón, algunas lecciones de la experiencia humana, algunos conceptos de varios autores, agregados á la Doctrina Divina de las Santas Escrituras, cuya fuente es inagotable acerca de este Augusto Misterio, forman todo el conjunto.

III

Este libro se dirige á los entendimientos que saben amar la verdad, donde quiera que exista y bajo cualquiera forma que se presente. Inútil es decir que también se dirige á los corazones que alguna vez hayan experimentado cuán dulce es el Señor con los que le buscan.

La Divina Eucaristía es para el hombre, si lo comprende bien,

todo lo que puede desear. En el camino de la vida no es dado encontrar un objeto que satisfaga mejor al corazón.

«La verdadera religión debe poder satisfacer los instintos legítimos del hombre, llenar sus justos deseos, elevarle, santificarle y deificarle con respecto al alma, con respecto al cuerpo y con respecto á todo su sér. Esto no podía hacerse, ésto no se hace realmente sino por la Eucaristía.»[1]

El mundo actual atraviesa una época tristemente sombría, y son muchos los que andan en tinieblas. ¿Cómo evitar que los que todavía ven la luz no lleguen á perderla? El medio no puede ser otro que la conservación de la piedad en el corazón.

El espíritu de verdadera y sólida piedad es arma invencible contra el furor de la herejía, contra los sofismas del error, contra los halagos del vicio. Porque el espíritu firmemente piadoso se fortalece con la verdad, se nutre con el amor divino y respira la vida de la gracia.

Y es cierto: no puede haber verdadera piedad lejos de la Divina Eucaristía. Porque el corazón que es indiferente á la Eucaristía, ignora la fuente de la verdad, no estima las riquezas del amor, no sabe gustar la dulzura de la vida sobrenatural.

Por la piedad el alma se determina siempre á reverenciar y acatar á Dios, á servirle y honrarle. Nunca se han olvidado más estos deberes en las sociedades que se llaman cristianas; nunca tampoco es más apremiante la necesidad de emplear los medios eficaces y directos para fortificar y restablecer en su vigor primitivo el espíritu de piedad.

Y como la Eucaristía es el principal objeto de la piedad, porque contiene al mismo Dios en sus relaciones más amables para las almas, así también el movimiento simultáneo de las almas hacia la Eucaristía, será una señal evidente de la deseada restauración de la piedad.

«Entre nosotros y Dios, dice Gaume, el dón de piedad establece un nuevo orden de relaciones de una dulzura y de una nobleza infinitas. De criaturas, Él nos eleva á la dignidad de hijos, é inspira á nuestra alma los sentimientos de esa gloriosa filiación, del mismo modo que nos da de ella todos los derechos.»[2]

1 Ráulica. Armonías de la Eucaristía. Conferencia XX.
2 Traité du Saint Esprit. Tom. II. Chapitre XXVIII.

IV

Si este libro consigue encaminar de algún modo los corazones á tan noble fin, será tan sólo por la fuerza irresistible de la verdad y por la disposición dócil de las almas. El asunto merecía ser tratado con una maestría y con un ardor de espíritu, que no está en la mano del hombre alcanzar fácilmente.

Sin embargo, la gracia del cielo vendrá á suplirlo todo y bendecirá la intención de rectitud y caridad que ha dirigido la pluma. Sea permitido ahora hacer al lector algunas breves explicaciones.

En cuanto á la forma se adoptó más bien el sistema de *reflexiones*, ó sea meditaciones en forma de lecturas, en atención á que por lo común las verdades que se proponen para meditar, solamente se indican, dejando á la facultad de cada uno toda la amplificación; y aquí más que todo prevaleció la idea de ofrecer al lector, hasta donde fuese posible, analizado en sus diversos puntos de vista, el asunto particular de cada *reflexión*. Mucho, no obstante, quedará á la investigación y á la perspicacia de las almas: bien sabido es que la riqueza de una mina se conoce y se admira á proporción de lo que se explota. ¿Y qué podrá compararse á la riqueza de la Eucaristía?

En cuanto á la materia que se toca en cada *reflexión*, debe advertirse que es independiente; de modo que su inteligencia no pide con absoluta necesidad el conocimiento de las anteriores, exceptuando las VII, VIII y IX, que contienen un solo asunto dividido en tres partes. Dispúsose así, en gracia de aquellas personas que prefieran una sola *reflexión* ó que carezcan de tiempo para leerlas todas. Por lo demás nadie dejará de percibir el orden que liga entre sí á las diversas partes del todo.

Finalmente: aunque todas las *reflexiones* que en este libro se contienen, pueden considerarse á propósito para hacerse delante de Jesucristo Nuestro Señor, presente en la Divina Eucaristía, sin embargo, las personas que tributan sus adoraciones al Santísimo Sacramento en la velación nocturna, hallarán en las reflexiones XIII y XXI una relación más expresa y directa á tan importante objeto.

V

Conviene, por último, expresar el deseo de que este libro sea leido por los niños y por los jóvenes de ambos sexos, que son la más bella esperanza de la sociedad cristiana. Nadie puede poner en duda que las impresiones que se reciben cuando el entendimiento es ya capaz de reflexionar, se graban profundamente y permanecen toda la vida en el corazón, sean cuales fueren las circunstancias y las vicisitudes en que pueda encontrarse. El cristiano que desde sus primeros años ha amado al Salvador en la Eucaristía, siempre le respetará, siempre hallará en Él consuelo y descanso, siempre se empeñará en recibirle con las mejores disposiciones de su corazón. ¡Oh qué tesoro de progreso y de felicidad para el porvenir! ¿Cómo, pues, no dedicar también muy especialmente este libro á la juventud? ¿Cómo no recomendarlo con todo encarecimiento á los padres y madres de familia afligidos hoy, más que nunca, por los peligros que amenazan destruir la fe y la moral de sus hijos?

Es verdad que no faltan libros, en que con más elocuencia y con mayor fuego, se describe todo el amor que Jesucristo nos tiene en la Divina Eucaristía; pero al deplorar las ruinas de la sociedad, al contemplar que se halla tan expuesto á desplomarse lo poco bueno que todavía queda en pie, nunca podrá decirse que se multiplican demasiado los elementos de reconstrucción.

Es altamente consolador, en medio de todo ésto, el movimiento de piedad que se observa hacia la Santísima Eucaristía, con incrementos cada vez mayores. Este libro no lleva, ni puede llevar, la pretensión de dar eficaz impulso á ese movimiento, pero sí la de obtener aunque sea una sola idea, un solo suspiro de amor á Jesucristo en la Eucaristía.